

CONFERENCIA INAUGURAL
II PROMOCIÓN
MAESTRÍA ACADÉMICA EN ANTROPOLOGÍA

**HACIA UNA ANTROPOLOGÍA PERTINENTE
PARA LA CENTROAMÉRICA ACTUAL**

M.Sc. Carmen Murillo Chaverri

Nuevos vientos históricos soplan hoy a lo largo y ancho del territorio centroamericano. Algunos de ellos han alcanzado la potencia suficiente para arrancar de cuajo fenómenos sólidamente arraigados en el seno de nuestras sociedades; otros han traído hasta nuestros suelos o hecho aflorar de él, experiencias inéditas. Otros vientos históricos, sin embargo, son apenas una leve brisa que alcanza apenas a abanicar añejos problemas, reeditados por las circunstancias actuales.

Entre lo que el viento se llevó en las últimas décadas en Centroamérica, se cuentan el tenso clima político, salpicado de ejércitos omnipresentes, represiones, genocidios, desplazados políticos, subversión popular... La distensión alojó también el trenzado de muchas utopías que apostaban por la consecución de sociedades más justas e igualitarias. La apuesta fallida por democracias cuyos parámetros de participación cerraron el paso a miles y miles para acceder a los beneficios del crecimiento económico, dio pie a un creciente desencanto político y al fenómeno de la llamada ingobernabilidad. Como para cerrar con broche de oro, los virajes en la geopolítica mundial terminaron por secar los torrentes de ayuda externa que, a manera de salvavidas, mantenían a flote precarias economías que acaban naufragando en sus flancos más débiles.

La fuerza del vendaval histórico de los últimos tiempos también fue rompiendo a jirones los ropajes de la Madre-patria, desnudando poco a poco el mito de la nación en los diferentes países centroamericanos y dejando al descubierto a los excluidos de ella. Además, los patrimonios culturales nacionales se desdibujan por la indiferencia y el afán de lucro. La tierra, azotada por los vientos políticos y económicos, se empieza a convertir en las últimas décadas, en tierra arrasada de sus últimos bastiones de bosques y otros tantos recursos naturales, producto de la voracidad insaciable de nacionales y transnacionales.

Por otra parte, lo que trae el viento histórico de los nuevos tiempos para la Centroamérica actual, incorpora una serie de cambios en el estado de cosas. Por una parte, tenemos un Estado que, a merced del modelo neoliberal imperante, se achica más y más a medida que la sociedad crece en número y en expectativas de desarrollo. La orfandad de Estado se extiende a sectores crecientes de nuestras sociedades, aunque esta situación también ha acicateado la emergencia de nuevos actores sociales que, acorde con sus intereses, pugnan por abrirse un espacio de participación. El nuevo papel de la sociedad civil ha propiciado cambios en el estilo de hacer política, exigiendo mayor consulta, concertación y negociación

y fungiendo de contrapeso a una acción estatal que beneficia —ahora más que nunca y sin ningún pudor— a los que más tienen.

En el plano económico, Centroamérica experimenta importantes virajes en sus economías, que apuestan ahora cada vez más por salidas que las alejan tendencialmente de su anterior vocación histórica ligada a la flor del café, la humedad del bananal, la dulzura de la caña y el brillo del metal, para dar paso al cultivo de nuevos productos, al establecimiento de industrias maquiladoras rudimentarias o con tecnologías "de punta", a las torres financieras con sus intrincados nexos internacionales, así como también a oleadas crecientes de turistas que, a través del disfrute de su ocio, ponen a trabajar el engranaje de la industria "sin chimeneas". La mundialización económica ha traído consigo los megamercados, inmensos Goliath ante los que deben batirse nuestras pequeñas economías. La fuerza de una economía mundializada en expansión, acicateada por tratados de "libre" comercio, ha tomado por asalto los mercados locales, inundando ahora los estantes y escaparates con infinidad de bienes de todos los rincones del orbe y propiciando nuevos estilos de consumo, así como la creación de identidades por esta vía.

Los nuevos aires económicos, han puesto ahora más que nunca en jaque a millones de centroamericanos, que deben ejecutar un tremendo esfuerzo cotidiano en pos de la sobrevivencia. Parte de estas estrategias ha supuesto para muchos, salir fuera de las fronteras de su país para ir a probar suerte a tierras más promisorias. Los migrantes, desplazados económicos por excelencia, son también portadores de culturas peregrinas que se transforman incesantemente, a la vez que aportan a la reconfiguración de las matrices culturales en que se implantan. Ante la magnitud cuantitativa y cualitativa de estos procesos, no queda menos que preguntarse, por ejemplo, cuál será el panorama cultural de los niños de padres mayas guatemaltecos exilados en las entrañas

de la selva Lacandona mexicana; cuál el de los niños de padres salvadoreños que trabajan en las plantaciones de cítricos en Belice; cuál el de los niños de padres garífunas beliceños que crecen en los suburbios de New York; cuál el de los niños de padres nicaragüenses que apuran su subsistencia inmediata entre las latas herrumbradas del precario La Carpio en Costa Rica. ¿Qué pasa con el horizonte cultural de los huérfanos de guerra o de aquellos que, en la tierna época de la adolescencia o aún de la pre-adolescencia, emprenden solos la aventura de la emigración?

Y es que, aún para los que se quedan en sus lugares, los tiempos recientes les hacen vivir grandes cambios culturales. Aún para ellos es tendencial el fomento al desarraigo territorial —del barrio, de la provincia, de la nación— y la consecuente aparición o fortalecimiento de identidades culturales cuyos principales referentes no remiten directamente a una adscripción espacial determinada, sino que se encuentran en la experiencia de vivir la urbe, o bien en la condición de ser mujer, joven, homosexual, adulto mayor, discapacitado, etc. Hoy por hoy, muchas identidades se pierden y otras tantas se encuentran por los polvorientos caminos rurales, tanto como por intrincados pasillos de los malls.

Además de aquellas facetas idas de nuestras sociedades centroamericanas y de las que han llegado para quedarse, tenemos también lo que permanece casi inamovible por los vientos de la historia. Hablamos de la pobreza cruda, del desempleo y de la desigualdad de oportunidades para quienes tienen pocos estudios o experiencia, para las mujeres, para los viejos, para los habitantes rurales, para los indígenas, etc. Hablamos de la violencia, reinventada cotidianamente de mil formas, en las veredas, calles y parques, en el bus y el automóvil, en los lugares de trabajo y las aulas y hasta en lo que debería ser el más tibio remanso de quietud: los hogares. Hablamos también de la vivencia cíclica de catástrofes naturales que exponen, con

una fuerza aún más avasalladora que las aguas desbordadas o los espasmos telúricos, las grietas de una historia irresuelta de contradicciones caracterizada por las privaciones de muchos y los privilegios de pocos.

Pero hablamos también de la esperanza de pueblos que, a pesar de los pesares, aún no renuncian a la capacidad de soñar. Debemos referirnos a sociedades, que aún en medio de los vientos desatados de la globalización, también se aferran al cromatismo de su diversidad cultural, con los hilos de la cual tejen el sentido de sus vidas y buscan viejas y nuevas salidas al enfrentar el futuro.

Es en medio de este panorama sociocultural cambiante donde cobra pleno sentido la mirada antropológica, una mirada que desde los inicios como disciplina, ha buscado en el conocimiento del "otro". Cada vez parece ser más certera aquella aseveración que califica a la Antropología como una revolución de la mirada. La estrella que guía su interés disciplinario, la atención sobre la diferenciación cultural, demanda una actitud peculiar por parte del investigador que busca conocer estas realidades, la cual supone construir un vínculo especial con aquellas personas, grupos o vestigios materiales con los que se trabaja.

Comprender las culturas pasadas y presentes impone un reto de amplias dimensiones. El hecho mismo de aprehender la cultura es difícil por su carácter cambiante y escudriñado y porque en ocasiones se torna invisible precisamente en razón de su cotidianidad y su cercanía; es decir, por estar justo enfrente de nuestros ojos. La cultura es mucho más que la fría definición de un conjunto de rasgos o costumbres "interesantes" o "raras" que se anotan en un libro. El antropólogo o antropóloga avezado en el trabajo de campo, pronto nota que los componentes culturales de una sociedad o grupo, aportan a sus miembros no solo un estilo de vida particular; les aportan también referentes, juicios, sentimientos y utopías para comprender el mundo en

que viven, para rememorar su pasado, así como para dar forma a su deseo de futuro. Un poblador del litoral caribe talamanqueño, respondía así a la pregunta de una colega que deseaba saber lo que era la cultura local: "la cultura no ser eso que ustedes escriben: la cultura ser emociones, la cultura ser sensaciones, la cultura ser vibraciones..."

Una respuesta tal, no puede menos que señalarnos todo lo que se puede aprender del contacto con otros. Nos recuerda también la especial disposición que ha de tener el estudioso de las culturas, en cuanto a "leer" y respetar sus cadencias y lógicas, así como los sentimientos que éstas evocan en sus miembros; más aún si se trata de proponer acciones que enrumben derroteros de desarrollo cultural.

Por su visión, fraguada entre el rigor científico y la sensibilidad del humanismo, la Antropología está llamada a buscar el rostro de los actores que se mueven en el escenario cultural. Al ir al encuentro de su universo simbólico, nuestro ámbito de estudio se caracteriza por una mezcla de fragilidad y fortaleza, de visión holística y escudriño minucioso, de la búsqueda de lo ancestral y de atención a lo emergente. Tal vez el mayor potencial disciplinario —o la magia misma de la disciplina, como se le quiera llamar— sea el mantener siempre vigente la capacidad de asombro ante la variabilidad del fenómeno humano

Hacer Antropología impone un encuentro cultural, que terminará modificando, en diferentes grados, a quienes toman parte de él. Por esto la Antropología, además de una mirada, es también un guiño de complicidad, un intercambio simbólico de códigos que, para el caso de quien investiga, supone una transformación actitudinal. En esto reside, en parte, el gozo de la disciplina antropológica. Precisamente uno de los legados más relevantes que nos depara es la capacidad de redefinirnos como personas, a través de la adopción cotidiana de la tolerancia.

Una consideración que debe estar siempre presente en la práctica disciplinaria es el reconocimiento de que todo relato sobre la cultura supone una traducción de ésta a manos del autor, quien la inscribe desde su posición en el espacio social y en el tiempo histórico. Por ende, más que versiones objetivas y contundentes sobre las culturas, el texto antropológico es siempre un relato parcial e inconcluso, abierto a otras interpretaciones posibles.

Mediante la palabra escrita en artículos y libros, la aparición en los medios de comunicación o la lección en las aulas, el o la antropólogo, enarbola su autoridad profesional para dar cuenta de las realidades culturales de "otros". Además, con su producción literaria y su práctica profesional en general, la Antropología alimenta la forja de identidades culturales. No obstante, debe reconocerse que esta tarea se cumple a medias, porque los canales de divulgación utilizados son restringidos y poco expeditos, y porque el lenguaje usado suele ser especializado y críptico, y por ende, poco accesible a los no iniciados y por supuesto, al gran público.

Y es que hacer Antropología ha supuesto, desde siempre, incidir directa o indirectamente, en el terreno de las identidades. De la misma manera, la dinámica cultural de los fenómenos identitarios ha influido en la decantación de su identidad disciplinaria. Puede afirmarse entonces que el vínculo entre Antropología e identidades ha implicado históricamente múltiples nexos y apoyos entre ambas instancias, que algunas veces apenas se insinúan, mientras que en otras se abrazan y explicitan de manera escandalosa.

En la medida en que la Antropología hace de la cultura su ámbito de estudio y de acción, en esa misma medida aparece sobre la palestra el tema de las identidades. Ello es así por cuanto hablar de identidades supone tomar posición ante la cultura: las identidades permiten poner en evidencia, valorar y poten-

ciar el papel político que juega la cultura en la vida cotidiana de las personas

Por la lente a través de la cual escudriña minuciosamente el terreno estudiado y por las preguntas con las que se acerca a su interpretación, la Antropología constituye una disciplina maleable, apta para atender comprensivamente las continuidades y rupturas culturales, la constancia y veleidad de las identidades colectivas, así como para proponer estrategias conducentes al ansiado desarrollo social, con el consecuente mejoramiento de la calidad de vida de los pueblos. De ahí su pertinencia para la Centroamérica de hoy.

Son muchas y muy complejas las tareas que le corresponde enfrentar a la Antropología en la región centroamericana contemporánea. Pasaremos a comentar de seguido algunas de las que sentimos más urgentes.

La primera tarea, a nuestro juicio, es re-conceptualizar la cultura como recurso estratégico para el desarrollo. Más que materia prima para emprender el juego academicista de las descripciones, disecciones y taxonomías, las culturas deben ser comprendidas por la disciplina como parte consustancial de la fuerza vital de los pueblos y grupos. Los mismos tienen en la cultura un arsenal de recursos que, de ser empleados estratégicamente, brindan la posibilidad de abrir un abanico de posibilidades para su desarrollo. Las gentes centroamericanas han construido y construyen cotidianamente un conjunto de conocimientos, representaciones y valores respecto de su entorno natural y social, los cuales portan claves para enrumbar el timón de sus destinos como entidades sociales. La Antropología está llamada a coadyuvar en este desafío, siempre atenta a las expectativas de los actores sociales involucrados.

Propiciar la interlocución entre culturas, en un marco de respeto y tolerancia es otra de las tareas que tiene frente de sí el artífice de la Antropología centroamericana, a

efectos de promover los puentes para el entendimiento inter y transcultural. A contrape- lo de la máxima antropológica del relativismo cultural acuñada en otras latitudes, en la Antropología centroamericana la tolerancia y el respeto nunca puede ser excusa para inhibir el compromiso, ni para evadir la denuncia o el trabajo comprometido, cuando las circunstancias lo ameriten.

En observancia de lo anterior, reconocemos que otro aspecto que forzosamente ha de ser parte consustancial a la Antropología centroamericana de estos tiempos, es una firme convicción en la ética disciplinaria, en medio de un mundo en vertiginosa transformación. Esto es válido para todo profesional en ejercicio y también, incluso, para aquellos profesionales en formación en las aulas universitarias. Tener presente y fomentar el precepto ético, es tanto más urgente cuanto cada vez más se modifican los nichos laborales del o la antropóloga, compeliéndole a salir fuera del amparo del ala académica o de las instituciones del Estado para enfrentar, como profesional liberal, los avatares de un mercado que demanda consultores, promotores y gestores en el campo de lo social y lo cultural y que suele esperar un desempeño profesional acorde con lo que se paga por él y por lo general, también acorde con sus intereses específicos.

En la Centroamérica de hoy, el o la profesional en Antropología ha de tomar posición respecto del patrimonio cultural, la cual inicia con una perspectiva clara de sus alcances. Cualquier conjunto de "cosas" o elementos de la cultura —sean restos arqueológicos, una lengua, una danza o una tradición arquitectónica— no alcanza el estatuto de patrimonio cultural, hasta tanto sus portadores o herederos no logren su reconocimiento, apropiación y valoración, y entren a formar parte significativa de sus referentes identitarios. Esto significa que el patrimonio cultural no puede ser establecido a través de un discurso formalista y moralizante que, desde la academia, decide lo que debe entrar y lo que no, a su panteón. Más bien, la

definición del patrimonio solo tiene sentido a través del sentido que los grupos sociales le otorguen a su cultura, a través de su apropiación. El desarrollo de control sobre la cultura propia o apropiada es, pues, consustancial al establecimiento del patrimonio cultural.

De lo anterior se desprende que la construcción de la noción de patrimonio cultural en la Centroamérica de hoy, debe responder a las necesidades propias del desenvolvimiento de los pueblos y grupos culturalmente diferenciados, más que a míticas identidades nacionales imaginadas desde las élites políticas e intelectuales, o a pintorescos cuadros de "otredad", listos para ser captados por los flashes de las cámaras de los miles de turistas que llegan de manera creciente a estas tierras en pos del exotismo.

Nuestra práctica disciplinaria, anclada firmemente en la realidad cultural y social, demanda de nosotros no solo la mirada y la comprensión, sino también acciones tendientes a mejorar cualitativamente el derecho al disfrute y desarrollo pleno de las culturas, así como a coadyuvar en la apertura de espacios de participación más autónomos y autodeterminados, para aquellos sectores y grupos sociales históricamente disminuidos en su capacidad de decisión sobre los propios derroteros de su desarrollo.

Una perspectiva como la planteada, impone el reto de coadyuvar en la reorientación de las políticas culturales presentes en los diferentes países centroamericanos. Cuando existen, estas políticas culturales se han planteado "con mayúscula", es decir, desde el Estado hacia las localidades y grupos. Como tendencia, se caracterizan por ser verticalistas en su planteamiento y ejecución, por variar de énfasis según los designios u ocurrencias de la administración de turno y por su incidencia restringida y de corto plazo. También por hacer prevalecer el criterio político por encima del criterio profesional, por el deficiente sustento legal para impulsar acciones

de conservación patrimonial, por el privilegio de lo artístico dentro del campo de acción cultural y, en general, por el pobre apoyo presupuestario, reflejo de una endeble voluntad política hacia el sector.

Atreverse a plantear políticas culturales "en minúscula", de esas que surgen desde el corazón mismo de los pueblos y grupos culturales, es un desafío disciplinario apasionante. Por supuesto que este afán ha de sustentarse el trabajo a partir de las identidades autoasignadas por estos agentes sociales, siendo el profesional en Antropología un facilitador de dichos procesos.

Otra tarea pendiente en la que la Antropología centroamericana debe colaborar, es la reconstitución de nuestra memoria colectiva, cercenada por siglos de opresión y ocultamiento. De esto es en parte cómplice aquellas tendencias tan en boga hasta hace pocos años en las ciencias sociales, con su empeño en identificar estructuras todopoderosas capaces de dar respuesta causal a todo, pero miopes al tornar la mirada hacia quienes realmente construyen la historia con sus dramas y alegrías cotidianas, y sordas a sus gritos, murmullos y silencios. Es tiempo de reconstituir nuestros sentidos; en tiempos aciagos, más vale estar alerta.

La disciplina ha desarrollado herramientas para ir al encuentro de la voz de los que siempre han sido ignorados. Un aporte disciplinario que merece ser fortalecido, es el registro testimonial a través de la oralidad. La posibilidad del profesional en Antropología de inscribir la palabra hablada, enunciada por gentes que explicitan sus puntos de vista, brindan testimonio o relatan sus vidas, permite ir colocando piezas en el siempre incompleto rompecabezas que es el conocimiento de nuestra diversidad cultural. Este proceder también tiene clara incidencia sobre las identidades por cuanto permite registrar experiencias inéditas, encontrar el rostro humano a procesos ya conocidos e historizar con un mayor sentido de realidad.

Ahora más que nunca se torna impostergable la construcción del "nosotros" en Centroamérica. Esta tarea abre un enorme territorio para la acción disciplinaria, en el cual colegas centroamericanos y centroamericanistas ya han marcado a su paso múltiples trillos y caminos. Con la investidura de que nos reviste la disciplina se montan museos, se trabaja en el terreno de la promoción cultural y se redactan textos escolares o artículos para revistas especializadas, entre muchas otras acciones. Todas ellas dan cuenta de situaciones y procesos culturales, que pueden ser materia prima para modelar identidades. Es tarea impostergable asumir sin ambages y con responsabilidad nuestro rol como creadores de identidad; más aún en un mundo que galopa desenfrenado hacia la globalización.

En nuestro caso, este reto puede darse tanto en los niveles local o de pequeña escala, como en los niveles nacional y regional centroamericano. En el primer nivel, que supone tomar el pulso a los espacios de producción y reproducción cultural de localidades, grupos étnicos, comunidades signadas por el género, la edad, el consumo, la actividad ocupacional, etc, el fortalecimiento de las identidades a pequeña escala puede incidir positivamente en ampliar la capacidad de acción ciudadana de estos grupos, con lo que se promueve su papel como nuevos actores sociales.

Con respecto al papel de la disciplina en la identidad nacional, es conocida la precaución de los colegas respecto de transitar por esta senda, puesto que le reconocemos como un terreno minado de cargas ideológicas; para nadie es un secreto que los proyectos de identidad nacional se sustentan en proyectos políticos de dominación. En la medida en que supone la exaltación y valoración de referentes culturales y de memoria colectiva con miras a fortalecer la cohesión de los "hijos del país", todo proyecto de identidad nacional porta el sesgo o al menos, el riesgo potencial de la exaltación de unos componentes en detrimento de otros, y por

ende, de la exclusión, del silenciamiento, de la discriminación... Sin embargo, ante las constantes distorsiones, mistificaciones y estereotipos de que es objeto, la disciplina está llamada a fortalecer una imagen alterna de la cultura nacional en los respectivos países centroamericanos, capaz de aportar una lectura más integral y crítica de nuestra experiencia cultural pasada y presente como sociedad multicultural, caracterizada por ágiles procesos de reconfiguración identitaria.

La Antropología también está llamada a aportar en la construcción de la identidad regional centroamericana, tan traída a menos por los reiterados fracasos integracionistas. La balcanización ha hecho de nuestras repúblicas gavetas nacionales que guardan cada una su historia, sus gentes y sus culturas particulares, casi obviando sin embargo, que formamos parte del mismo gabinete. Reconocernos como centroamericanos, en nuestra historia y experiencias culturales comunes, en nuestras raíces y nuestro destino compartidos, es avan-

zar por la vía del entendimiento y la solidaridad. Para el caso de la disciplina, esta apertura regional no ha sido fácil, en razón de múltiples limitaciones; sin embargo, la labor ya ha sido iniciada con el descubrimiento mismo del colega centroamericano, pasando por la realización de talleres regionales, la instalación de la Red Centroamericana de Antropología y la realización, a la fecha, de tres exitosos congresos centroamericanos. El impulso de la Maestría Académica en Antropología en la Universidad de Costa Rica, con su orientación centroamericanista por excelencia, es otro peldaño firme en pro de alcanzar esta meta.

Sirvan estas palabras para extender la más cordial bienvenida a los participantes de la II Promoción de la Maestría Académica de Antropología. Es mi esperanza que siempre encuentren en la Antropología un terreno fértil para sembrar la semilla de sus inquietudes, para hacer crecer sus conocimientos y para recoger la cosecha de la transformación personal y social.